

Isabel Calvo de Aguilar y su mensaje a las escritoras españolas

Tarde de gala en el Centro Gallego de Madrid. La «crema de la intelectualidad» se ha reunido para abrir el Curso Cultural. En la tribuna, Isabel Calvo de Aguilar, la eximia escritora. Presentación a cargo del Académico gallego don José Caamaño Burnacell; que con palabra amena glosa la brillante personalidad de la conferenciante. A continuación, Isabel trataría tres temas a cual más interesante: «La Agrupación de Escritoras», «La mujer gallega y su aristocracia» y «Literatura y Premios».

Después, miembros de la Compañía de Mercedes Prendes escenificaron de manera magistral, unos capítulos de las novelas más calificadas de la señora Calvo de Aguilar. Es un momento de gran expectación y al mismo tiempo de calma, calma que aprovechamos para iniciar el diálogo con la novelista.

—Tengo muchas cosas que contarla— asegura con toda sencillez—. ¿Por qué no va a mi casa?

—Nos intimidó su fama de mujer atareadísima— le decimos—. Y ante el temor de que se nos «escapase»...

Isabel Calvo de Aguilar rie abiertamente, con esa risa tan peculiar suya, tan acogedora... y, por cierto, blanquísima.

—Ha pasado casi un mes. Los periódicos trajeron la noticia de la primera reunión de la «Agrupación de Escritoras Españolas». Y entonces me acordé de mi cita con Isabel Calvo de Aguilar, a quien le cabe el honor de ser su iniciadora y entusiasta impulsadora de tan feliz idea.

Llueve torrencialmente cuando llego a su casa. Hoy eso de que «no se acuerda uno de Santa Bárbara hasta que truena», tiene para mí un doble significado. Para colmo, Isabel no está. Según me informa una doncella, se encuentra en la Editorial. Pero mi gesto desolado ha debido conmoverla, pues me invita a pasar y esperarla. Me introduce en un amplio y confortable gabinete.

—Puede entretenerse leyendo si lo desea— me dice la sirvienta, con aire de su-

ficiencia.

«Lo haría sin que tu me me lo indicases», pienso para mí.

Efectivamente, repartidos por diferentes muebles, hay profusión de libros. Entre ellos, «El Quijote» en magnífica edición de lujo. Varias obras de la dueña de la casa y todas las de la colección «Jupiter y Danae», de la cual es directora. Pero lo que más me sorprende es un verdadero montón de periódicos de provincias; entre los que encuentro varios números del nuestro. Y mi curioso se termina aquí. La arrogante figura de Isabel Calvo de Aguilar se dibuja en la puerta.

—¿La hice esperar?— me dice

—¿Esperar?—pregunto yo a mi vez—. Yo diría que la han traído los ángeles.

La escritora se rie y asegura.

—No, hija. He venido yo solita y por mis propios medios. Estoy empapada. Pero me avisaron de su presencia y vine corriendo.

—Gracias, Isabel.

Se despoja de un hermoso chaquetón de garras y queda en un elegante traje negro. Al cuello un hilo de perlas. Tal vez sea este el regalo con que la hicieron patente su agradecimiento las escritoras españolas incluidas en su «Antología». ¿Por qué no preguntarlo?

—Sí —me informa mi interlocutora—. Ellas me dieron un homenaje en el Castellana Hilton, durante el que me ofrecieron este maravilloso collar.

—¿Cómo se metió en tan ardua empresa?

—Pensé que el movimiento cultural femenino español debía de dejar un documento vivo y exacto.

—¿Que tiempo tardó en componer su «Antología Biográfica de Escritoras Españolas»?

—Un año. Fué desde luego una realidad magnífica.

—¿Y junto a esta gran satisfacción no hubo contradicciones?

—Como toda obra humana. Pero yo tengo la seguridad de que las escritoras que no figuran en mi obra, y esto única y exclusivamente por falta de espacio, llegarán día en que encabecen con justicia otras nuevas promo-

ciones. ¡Son todas aún tan jóvenes!

—¿Me han dicho que prepara algo por el estilo respecto de nuestros escritores?

—Cierto. Y mucho más amplio. La anticiparé los títulos: «Antología Biográfica de Escritores Españoles» y «Los hombres vistos por una mujer».

—Ahora hableme de la «Agrupación de Escritoras» —le pido.

Los ojos de Isabel se animan. Ellos que ya son de por sí vivísimos.

—Es una idea preciosa —asegura con entusiasmo.

—¿Sólo idea?

—Poco más. Desde luego tenemos lo más importante, el «estado legal de la Agrupación firmado por el Ministro de la Gobernación con fecha 28 de octubre pasado. Esto es muy duro, amiga mía. Hay que luchar bravamente contra esos viejos e incomprensibles prejuicios sociales, afortunadamente en plena abolición... no abolidos. Pero si logramos nuestro hogar de escritoras, en el que éstas se encuentren sin distinción, como en su propia casa, todas nuestras fatigas las daremos por bien empleadas.

—¿Proyectos concretos?

—De proyectos si la puedo hablar. Nuestro lema es «Ayuda, Unión y Lealtad». Nuestros actos estarán siempre presididos por estas tres palabras.

—¿...?

—El principal objeto de esta Agrupación, será ayudar a ambientarse a las jóvenes escritoras. Facilitarlas becas para que sigan cursos de periodismo, filosofía, idiomas, arte... Y junto a esto, que la escritora de provincias pueda venir unos días a Madrid sin agobios económicos.

—¿...?

—Hasta ahora somos 97 las afiliadas. Hay socios fundadores, adheridos y simpatizantes. Empezaremos a funcionar a primeros de enero; aunque todos los cargos serán provisionales, puesto que habrá elecciones generales dentro de seis meses.

Sus últimas palabras hacen reír a la gran Isabel Calvo de Aguilar.

—Como verá —dice humorísticamente—, la cosa

va a ser muy seria.

—Bueno, si me deja hablar un poquito a mí —y ahora si que se rie abiertamente Isabel—, quisiera dialogar con la novelista.

—Hablemos si lo desea.

—¿Cómo se la ocurren esos argumentos tan originales?

—No sé... Bueno, sí. Mi padre era médico de la marina. En los grandes trasatlánticos, recorrió el mundo entero. Fué un hombre cultísimo, que dominaba varios idiomas. Sus relatos de viajes, que yo escuché desde chiquitina, eran un regalo para el oído y una expansión para el espíritu... Muchas veces pienso, si él me daría mis personajes de «después».

—¿Tengo entendido, que alguna de sus novelas se llevará al cine?

—En eso estamos. Dos productoras extranjeras se interesan por mis obras de ambiente policíaco y de misterio. Pero con una de ellas no llegué a ponerme de acuerdo, porque quería introducir una secuencia en la que aparecía un diplomático español como traficante internacional de estupefacientes. ¡Y por ahí no paso! Si mi pluma no sirve para ensalzar a la patria, o por lo menos respetarla, la tiro a la basura.

—¡Bravo, Isabel! ¿Quiere decirnos algo más?

—¿Cómo no! Que aquí en Lope de Rueda— 29 tienen las escritoras españolas una sincera amiga. Que yo y mis animosas compañeras las esperamos a todas con los brazos abiertos. Que no olviden que la unión hace la fuerza y será la base para hacer realidad nuestros más caros ideales. Y como directora de «Júpiter y Danae» les diré, que mi corazón está abierto tanto a consagrados como a noveles. Con calma les iremos atendiendo a todos. Así como a los lectores de nuestra colección. Para estos mi emocionada gratitud.

La más bella paradoja viviente es esta gran mujer que famosa y consagrada dedica todos sus desvelos, pone todo su empeño, en ayudar especialmente a las que todavía no han llegado.

Las escritoras españolas tienen una deuda perenne e insalvable con Isabel Calvo de Aguilar. Florencia M.^o Ortiz